

El progreso técnico y sus frutos

La idea de desarrollo en la obra de Raúl Prebisch

ADOLFO GURRIERI*

Por los frutos los conoceréis

I

La pretensión de bosquejar en pocas páginas el núcleo esencial del pensamiento de Raúl Prebisch se enfrenta a dificultades considerables, pues se trata de un hombre que ha puesto de manifiesto su dilatada vida intelectual en numerosos artículos y libros, desde aquel ensayo inédito escrito en 1918 sobre la industrialización del maíz hasta sus trabajos recientes sobre la crisis y transformación del capitalismo periférico. Sin embargo, no se trata sólo de esa dificultad; en efecto, en su vida, pensamiento y acción están estrechamente unidos y al hacer referencia únicamente a su pensamiento se tiene la sensación de estar desgajándolo del tronco que lo nutre con su savia vital.

El sentido de su vida pública, académica y política, sólo

puede comprenderse —no podría ser de otro modo— como una interacción dialéctica de dos fuerzas, a menudo antagónicas: por un lado, su impulso energético orientado hacia el conocimiento y la transformación de la realidad; por otro, el dinamismo de la propia realidad, a la vez cambiante y obstinada. Pero, ¿cuáles son las esperanzas que han alimentado de manera tan copiosa a ese impulso vital? Aceptando el inevitable esquematismo de una respuesta sucinta puede afirmarse que aquellas esperanzas se ordenan en torno a la idea de desarrollo.

Como es sabido, el desarrollo como aspiración social reciente es sólo otra manifestación de la reiterada aspiración humana de lograr una vida mejor; aspiración que alcanza quizá su expresión más cabal en la idea iluminista de progreso. Probablemente, ninguna otra idea ha tenido una influencia mayor en la cultura occidental que ésta; dejando de lado el ideal de perfección moral que también abarca, el progreso afirma la posibilidad de mejorar las condiciones de vida —derrotando a los viejos flagelos del hambre, la enfermedad y la muerte prematura— mediante el uso apropiado y sistemático de la razón. Prebisch participa de esta idea genérica —recibida, sobre todo, a través de la versión peculiar de los economistas

* Secretario Técnico de la *Revista de la CEPAL*. Este ensayo es una versión revisada de una exposición realizada en febrero de 1981 en el Seminario sobre Políticas para el Desarrollo Latinoamericano, organizado por el Centro de Capacitación para el Desarrollo (Cecade) de la SPP, en la ciudad de México. Se publicará próximamente en un libro que prepara el Fondo de Cultura Económica sobre la obra de Raúl Prebisch.

clásicos— y la transforma en su *leitmotiv*, en el tema principal que reaparece una y otra vez a lo largo de toda su obra.

Sin embargo, sus impulsos y esperanzas se enfrentan con una circunstancia concreta, con un espacio y tiempo históricos. En un principio, su formación académica neoclásica y la bonanza del decenio de los veinte en Argentina lo inclinaron a pensar que el dinamismo de las fuerzas del mercado promovería la deseada mejoría de las condiciones materiales de vida, pero la crisis de 1929 lo convenció de manera definitiva que no era ese el camino adecuado.

Al mirar en perspectiva el desenvolvimiento de sus ideas, resulta evidente que aquella crisis tuvo una influencia perdurable, pues definió su derrotero vital; en efecto, su significación radica en que le reveló de manera abrupta los considerables obstáculos que se oponían al desarrollo. Su búsqueda de una respuesta al desafío de la crisis se fue convirtiendo con el paso de los años en búsqueda de un camino hacia el desarrollo; el examen de ese camino le reveló a su vez el espacio histórico que debía asumir como punto de partida: el desarrollo debe procurarse a partir de una situación periférica.

El tremendo sacudón de la crisis lo obligó, entonces, a repensar todo lo que había aprendido, enseñado y aplicado como académico y político. En ese proceso fue “tirando por la borda” —como suele decir— todos los criterios sacrosantos de la orientación dominante en la ciencia económica. La crisis puso al desnudo los débiles fundamentos del sistema económico vigente y aunque él siempre tuvo una natural inclinación hacia la acción práctica se vio obligado a ponerlos en tela de juicio.

Desde la crisis Prebisch comenzó una reflexión crítica sobre la sociedad en que le había tocado vivir y afirmó su aspiración a transformarla creativamente para acercarla a sus esperanzas. A partir de ella emprendió un viaje lento y difícil, no sólo porque la realidad misma ha cambiado a gran velocidad, sino porque también ha debido luchar consigo mismo, con los ídolos doctrinarios en cuya adoración él también fue iniciado; las páginas de su último libro demuestran que todavía no lo ha terminado.

II

La primera etapa de aquel viaje finalizó en 1948 y la llevó a cabo casi en su totalidad en Argentina, desempeñándose en especial como profesor universitario y máxima autoridad del Banco Central. En un examen más completo de su pensamiento no podría dejársela de lado, pero este escueto análisis empezará por la etapa siguiente, que comienza con su incorporación a la CEPAL, en 1949, pues en ella ordenó y presentó de manera sistemática su idea de desarrollo.

La idea de desarrollo que formula en sus primeros escritos cepalinos —a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta— puede analizarse en tres aspectos principales. Por un lado, su definición de desarrollo, en la cual se vinculan de manera estrecha sus visiones teórica y normativa sobre ese fenómeno; en efecto, el desarrollo es a la vez categoría analítica y objetivo social, instrumento para examinar la realidad y objetivo en pos del cual impulsar las fuerzas sociales. Por otro, su interpretación del desarrollo de América Latina,

entendido éste como un proceso histórico concreto, con sus peculiaridades propias. Finalmente, su propuesta de acción, o sea, lo que debería hacerse para que, dadas las condiciones concretas, se alcancen los objetivos del desarrollo.

Los principales rasgos de su definición de desarrollo en aquella idea inicial se sintetizan en la frase “el progreso técnico y sus frutos”. Concibe el progreso técnico como un proceso de elevación de los niveles de productividad real de la fuerza de trabajo como resultado de la adopción de métodos productivos más eficientes. Los frutos principales del progreso técnico se refieren, naturalmente, a la elevación del nivel del ingreso y de las condiciones de vida de la población que el mismo hace posible. En torno a esta definición se ordenan todos los componentes de su concepción de desarrollo, la mayor parte de los cuales surgen de su interpretación histórica del desarrollo en América Latina. Empero, hay una consideración que, por su importancia, debe colocarse junto a su definición inicial; es la que se refiere al problema de la distribución del progreso técnico y sus frutos, que Aníbal Pinto profundizaría años después. A este respecto, en la concepción inicial Raúl Prebisch sostiene que el progreso técnico debe difundirse por toda la estructura económica de manera relativamente homogénea, evitando su concentración en algunas ramas, sectores o tipos de empresa. Esta preocupación se evidencia, por ejemplo, en sus recomendaciones relativas a la orientación de la inversión y al tipo de criterios que deberían guiar la política tecnológica. Por este motivo, insiste en que los incrementos de productividad deben alcanzar a *toda* la fuerza de trabajo; en la definición de desarrollo, tan importante es el incremento de la productividad media como su distribución homogénea. En consecuencia, ya desde aquellos años, subraya que el desarrollo no se evalúa sólo por la elevación media de la productividad del trabajo o del producto, sino también por la capacidad del sistema económico para absorber de manera productiva a toda la fuerza de trabajo; a su juicio, una economía podría crecer a tasas considerables pero carecería de “suficiencia dinámica” si no lograra aquella elevación homogénea de la productividad. A su entender, la distribución más o menos homogénea del progreso técnico determina la distribución más o menos equitativa de sus frutos. De acuerdo con estas consideraciones, una caracterización más apropiada de su definición de desarrollo tendría que tomar en cuenta tanto la elevación de los niveles reales de productividad de la fuerza de trabajo y su distribución relativamente homogénea como la elevación de los niveles de ingreso y su distribución equitativa.

La preocupación de Raúl Prebisch por la distribución interna del progreso técnico y sus frutos se manifiesta también cuando elabora su interpretación histórica del desarrollo económico de América Latina. Comienza esa interpretación a nivel internacional examinando el proceso histórico de propagación universal del progreso técnico. Ese examen lo conduce a una conclusión fundamental: el proceso de propagación universal del progreso técnico, que constituye el despliegue mundial del capitalismo, ha ido conformando un sistema compuesto por centros y periferia, cuya composición y funcionamiento —o sea, las características estructurales y funciones de sus componentes, y las relaciones entre ellos— responden a los intereses de los centros. En otras palabras, en ese proceso histórico, los centros se desarrollaron inicialmente y por ese motivo pudieron ordenar el funcionamiento del conjunto del sistema para satisfacer sus propios intereses; la

posibilidad de que los países periféricos pudiesen incorporarse al sistema y la forma como lo hicieron dependió de lo que pudieron ofrecer en relación con los intereses de los centros, y para evaluar su capacidad fueron sometidos a una "rigurosa selección de aptitudes". Utilizando términos más actuales, la interrelación de las necesidades e intereses económicos de los centros y las condiciones estructurales de los países de la periferia influyeron decisivamente en la posibilidad de insertarse y en el tipo concreto de inserción de estos países en el sistema capitalista mundial.

La penetración del progreso técnico en América Latina cobra sentido, entonces, en tanto es parte de la expansión del sistema capitalista mundial que en su despliegue conforma el sistema centro-periferia. Como consecuencia de esa penetración se producen profundos cambios en la estructura y dinámica de las economías de América Latina que Prebisch abarca con el concepto "patrón de desarrollo hacia afuera". Valga señalar, de paso, que no es correcto afirmar que en aquella interpretación inicial Prebisch sólo habría tomado en consideración las relaciones comerciales entre centros y periferia; su esquema interpretativo es bastante más complejo, pues intenta comprender los procesos económicos que se produjeron en la periferia cuando ella se insertó en un sistema global encabezado por los centros, y los obstáculos que éstos opusieron al logro de un desarrollo genuino. Asimismo, tampoco es correcto suponer que, a juicio de Prebisch, el desarrollo hacia afuera sólo habría producido estancamiento; por el contrario, y como ya se ha dicho, produjo cambios que transformaron, de manera a menudo profunda, las economías de la región.

Lo que a Prebisch le importa especialmente es evaluar esos cambios desde el punto de mira del desarrollo, es decir, del impulso que brindaron y podrían brindar a la propagación homogénea y equitativa del progreso técnico y de sus frutos; situado en esta perspectiva, su juicio del patrón de desarrollo hacia afuera es negativo.

Por un lado, el progreso técnico penetró de manera lenta en relación con las necesidades de absorción productiva de fuerza de trabajo, lo que dio lugar a la persistencia en casi todos los países de una considerable proporción de fuerza de trabajo desocupada o que labora con escasa o nula productividad. La causa de este problema radica en que el dinamismo de la penetración del progreso técnico en la periferia dependió del dinamismo de la demanda de importaciones de productos primarios por parte de los centros, la cual se caracteriza por una baja elasticidad-ingreso, que contrasta con la mayor elasticidad-ingreso de la demanda de importaciones de bienes industriales de la periferia. Esta "disparidad de elasticidades" condujo de manera cíclica al estrangulamiento externo, que constituye un obstáculo considerable para aquel dinamismo.

Por otro, la lentitud del proceso de penetración del progreso técnico en la periferia se vio agravada porque las condiciones estructurales de ésta —en especial, la oferta abundante de fuerza de trabajo desorganizada— tendieron a deprimir los precios de los productos de exportación, lo que se expresó en el deterioro de la relación de precios del intercambio; como consecuencia de ello, los países periféricos no fueron capaces —a largo plazo— de retener la totalidad de los frutos de su propio progreso técnico.

Asimismo, el progreso técnico que penetró en los países de la periferia tendió a concentrarse en los sectores primario-exportadores; o sea, penetró de manera desigual, imprimiéndole ciertos rasgos negativos a la estructura económica de esos países; entre estos rasgos destacan la especialización productiva, como consecuencia de una incorporación segmentaria al sistema global, y la heterogeneidad estructural, que se manifiesta en la coexistencia de regiones, sectores económicos y grupos sociales con distintos niveles de productividad e ingreso.

Todos estos rasgos, que influyen negativamente en el desarrollo de la periferia, derivan en gran medida de la posición que la misma ocupa en el sistema capitalista mundial. A ellos deben agregarse otros que surgen tanto de la propia estructura periférica preexistente (por ejemplo, las formas predominantes de tenencia de la tierra), como de la disparidad entre el nivel de desarrollo de la periferia y el de los centros cuando la primera debe iniciar su desarrollo genuino (que provoca incoherencias tales como la adopción de pautas de consumo y formas tecnológicas, propias del nivel de desarrollo de los centros, inadecuadas a los requerimientos de su desarrollo).

En última instancia, la confirmación definitiva de que la periferia debe reorientar el rumbo de su desarrollo está dada por la desigualdad de la distribución de los frutos generados por el conjunto del sistema; si la periferia ocupa una posición desmedrada, ello se debe no sólo a su menor productividad media en relación con los centros sino también a su incapacidad para retener los frutos de su propia productividad. El deterioro de la relación de precios del intercambio es, a la vez, símbolo de la subordinación y manifestación clara de los profundos defectos tanto de la estructura periférica como de la función que ocupa en su papel de productora de materias primas y alimentos.

Esta visión del desarrollo económico de América Latina, elaborada hace más de 30 años, dejó una profunda impronta en la reflexión económica, sociológica y política de América Latina y muchas de las elaboraciones teóricas en las ciencias sociales de nuestra región en las últimas décadas se han hecho a partir de este fecundo paradigma.

La interpretación de la forma concreta en que penetra el progreso técnico durante el desarrollo hacia afuera en América Latina le permitió determinar el objetivo principal que debería guiar al programa de desarrollo: liberar a nuestros países de su condición periférica, colocándolos a la par de los centros, tanto en cuanto a la posición ocupada dentro del conjunto global, como a los rasgos de su estructura y dinámica económicas y sociales. En otras palabras, el desarrollo económico genuino de la periferia implica la superación del sistema centro-periferia en todos sus aspectos y el establecimiento de una nueva estructura de relaciones económicas internacionales en la cual el reordenamiento de las funciones de sus componentes, y las correspondientes modificaciones de las estructuras productivas internas, permitan alcanzar una distribución más equitativa del poder y de los ingresos entre los componentes del conjunto. La periferia puede alcanzar este desarrollo económico genuino que la equipare a los centros, aunque deba seguir un camino distinto al que ellos siguieron para alcanzar el mismo fin.

Ese objetivo principal del programa de desarrollo podría formularse de manera más sucinta y concreta: si la demanda de importaciones de los centros no tiene suficiente dinamismo, deben crearse nuevas fuentes dinámicas adicionales —complementarias y no excluyentes de la exportación de productos primarios— que permitan una propagación más profunda y completa del progreso técnico; ello requiere necesariamente la industrialización. Por este motivo, la industrialización se convierte en el núcleo del programa de desarrollo, pues sólo ella permitiría a los países superar su situación periférica, acelerando la penetración del progreso técnico.

Sería imposible siquiera mencionar los múltiples desarrollos teóricos y propuestas específicas de acción que surgen en torno a este objetivo; sin embargo, y con un fin meramente clasificatorio, podrían ordenarse las principales de entre ellas en relación con un pequeño conjunto de condiciones económicas y políticas que son decisivas para impulsarlo.

En primer lugar, el programa de desarrollo requiere un esfuerzo considerable de *acumulación de capital*; a él se vinculan las políticas relativas al consumo, al ahorro interno y a la inversión extranjera, así como a los aspectos fiscales, monetarios y sociales. En segundo lugar, resulta imprescindible aumentar la *capacidad para importar* y modificar la *composición de las importaciones*; estos aspectos cruciales le permiten ordenar toda la política del sector externo, tanto comercial como financiera, y formular sus primeras ideas sobre los cambios que deberían llevarse a cabo en las relaciones económicas internacionales. En tercer lugar, debe aplicarse una cuidadosa *política tecnológica* que permita, en especial, combinar de manera adecuada, a los fines generales del desarrollo, los objetivos no siempre coherentes del aumento de la productividad y de la absorción de fuerza de trabajo. En cuarto lugar, el sector público debe impulsar la *creación de la infraestructura* necesaria para la realización del programa; y, finalmente, es necesario establecer un *sistema de planificación* que permita una aplicación ordenada y previsora del programa, que, a la vez, debe basarse en la institución de un *orden político* donde el Estado desempeñe el papel decisivo para impulsarlo.¹

III

Con razón podría argumentarse que el esbozo que se acaba de presentar sobre el diagnóstico y el programa iniciales de Prebisch es demasiado resumido; sin embargo, al menos se

1. Los escritos más importantes de Prebisch en este período son:
 - a) "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas" (primera edición en 1949), en *Boletín Económico de América Latina*, vol. VII, núm. 1, febrero de 1962, pp. 1-24.
 - b) *Estudio Económico de América Latina 1949. Primera parte* (primera edición en 1950), CEPAL, Santiago de Chile, 1973. (En esa ocasión fue reeditado con el título "Interpretación del proceso de desarrollo latinoamericano en 1949").
 - c) *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico* (primera edición en 1951), CEPAL, Santiago de Chile, 1973.
 - d) *La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana* (primera edición en 1954), CEPAL, Santiago de Chile, 1973.
 - e) "La política comercial en los países insuficientemente desarrollados (desde el punto de vista latinoamericano)", en *Revista Económica*, año XIX, núms. 69-70, años 1960-1961, Santiago de Chile.

Una visión crítica de conjunto de estos escritos puede hallarse en Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

espera que brinde una imagen de su idea inicial de desarrollo y del derrotero que vislumbraba como respuesta al patrón de desarrollo hacia afuera, cuyos defectos habían resaltado la crisis económica y la guerra mundial de manera tan notoria.

Durante los años cincuenta afinó, profundizó y amplió su concepción inicial —ayudado por los estudios que sus colaboradores llevaban a cabo en la CEPAL— aunque la mantuvo en su estructura fundamental.

A partir de los primeros trabajos de los años sesenta se advierte que inicia una revisión de su concepción del desarrollo; como consecuencia de ella algunos aspectos se mantienen en pie y otros sufren cambios más o menos profundos. De todos modos, y utilizando los términos empleados en un ensayo de Aníbal Pinto, podría decirse que el balance final de aquella revisión indica que predominó la continuidad sobre el cambio.

La continuidad es notoria en los aspectos de la idea inicial del desarrollo referidos a las relaciones económicas internacionales; más bien debería decirse que, sobre la base de sus ideas originales, ya como Secretario General de la UNCTAD, presenta una versión más completa y ordenada de su interpretación y de su propuesta de acción. Esta última, orientada hacia la creación de un "nuevo orden económico internacional", sentó las bases sobre las cuales han girado hasta hoy toda la controversia y la acción sobre la materia.²

Los cambios son mucho más evidentes en relación con su interpretación de los aspectos internos del desarrollo. Como es sabido, a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta el proceso de industrialización había avanzado bastante en varios países de la región, a tal punto que en algunos ya mostraba signos evidentes de estar en dificultades. Estos cambios en la realidad, que se sintetizan en la idea de "crisis del patrón de desarrollo hacia adentro", lo obligan, otra vez, a revisar su interpretación.

El aspecto más manifiesto de esa crisis se refiere directamente a la industrialización sustitutiva. Sus defectos son evidentes: ineficiencia y altos costos propios de una industria sobreprotegida; concentración en el mercado interno y olvido casi total de su potencialidad exportadora; preferencia marcada por la producción de bienes finales sin profundizar la cadena productiva hacia los bienes e insumos básicos; contribución al agravamiento más que a la solución del desequilibrio externo. Por cierto, esa crítica no significa que la industrialización no haya continuado como objetivo central de su programa de desarrollo; finalmente, con todos sus defectos, ella permitió obtener un ritmo de crecimiento del producto mayor que el que habría permitido el de las exportaciones. Lo que debe hacerse es reorientarla y reestructurarla para que alcance una mayor especialización y eficiencia por medio de una menor protección y una mayor amplitud de los mercados externos; en todo lo cual tienen un papel principal la exportación de manufacturas y los esquemas de integración.

2. Véanse, en especial, de R. Prebisch, *Nueva política comercial para el desarrollo* (Informe presentado a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, realizada en Ginebra en 1964), Fondo de Cultura Económica, México, 1964, y *Hacia una estrategia global del desarrollo* (Informe presentado a la Conferencia similar realizada en 1968), Naciones Unidas, Nueva York, 1968.

Empero, la crisis de la industrialización sustitutiva es sólo la parte más saliente de la misma; de su trasfondo hay que sacar a luz las causas por las cuales el patrón de desarrollo hacia adentro, tal como se llevó a cabo, culminó en la insuficiencia dinámica y en la desigualdad social. Prebisch ordena esas causas en torno a dos estrangulamientos: el externo, cuyo análisis sigue los lineamientos ya mencionados, y el interno.

En el examen de las causas del estrangulamiento interno analiza diversas estructuras parciales, tales como la agraria, la industrial, la educativa, la estatal, la distributiva y otras; a partir de ese examen —cuyos detalles sería imposible presentar aquí— llega a la conclusión de que las características y funcionamiento de esas estructuras dan lugar a modalidades de acumulación y distribución inapropiadas a las necesidades del desarrollo de los países de América Latina. Impiden el uso adecuado de los recursos reales y potenciales; obstaculizan la capacitación apropiada de la fuerza de trabajo y el acceso a las oportunidades de ejercer esa capacitación; y la dificultad distributiva conduce a que los estratos favorecidos adopten pautas de consumo que entrañan un considerable desperdicio del potencial de acumulación. En última instancia, la desigualdad en la distribución de la riqueza y del ingreso no sólo es el fundamento de la inequidad en el acceso a las oportunidades de alcanzar una vida mejor, sino que explican también, por su influencia sobre la acumulación de capital, la incapacidad para absorber de manera productiva a toda la fuerza de trabajo.

Son causas estructurales que requieren “reformas estructurales” económicas y sociales que liberen a los recursos productivos materiales y humanos, permitiendo su utilización apropiada a los fines del desarrollo, y conduzcan a una sociedad más igualitaria. En realidad, los objetivos sociales del desarrollo —como la elevación del ingreso de los estratos bajos y la reducción del de los altos, la desconcentración de la riqueza y la equiparación de las oportunidades de movilidad social— tienen tanto un sentido en sí mismos, referido a la conformación de una sociedad más justa, como una influencia determinante sobre las posibilidades de alcanzar los objetivos propiamente económicos. En efecto, aquéllos son condición necesaria para elevar la demanda interna, aumentar la tasa de acumulación de capital y mejorar la eficiencia de su utilización. Sólo sobre estas bases podría sostenerse el programa de desarrollo que, en lo fundamental, siguió teniendo su eje en la industrialización, su impulso en el Estado y su racionalidad en la planificación.³

Quizá la mayor diferencia entre la concepción de los años cincuenta y la de los sesenta radique en la significación relativa de los términos de la ecuación “progreso técnico y sus frutos”. En los escritos de los cincuenta, aunque los frutos son la razón de ser del desarrollo, tanto desde el punto de vista teórico como práctico tienen un papel subordinado; su mayor o menor abundancia y su mejor o peor distribución dependen de lo que suceda con el progreso técnico.

Por tanto, todo el interés de Prebisch en aquellos años se

concentra en este último y en sus condiciones internas y externas. En los años sesenta, en cambio, se destaca su mayor preocupación por los frutos del desarrollo. Por un lado, insiste en la necesidad de aplicar medidas directas de redistribución de los frutos, desconfiando de que esa redistribución se obtenga como subproducto del progreso técnico, lo que acentúa la tonalidad social de sus objetivos de desarrollo. Por otro, los frutos y su distribución afirman su papel como condiciones fundamentales de la acumulación de capital, de modo que su significación teórica y práctica aumenta hasta el punto que termina ocupando el centro del escenario. La que había sido mera variable dependiente se transformó en una condición principal del desarrollo.

No podría decirse, naturalmente, que considere a los frutos como variable independiente; por el contrario, en los años sesenta inicia su exploración de las causas de la distribución y utilización de los mismos, que desemboca en sus proposiciones sobre la estructura económica, social y política. Como suele reconocer, las realizaba todavía “a media lengua”, pero ya había ganado su conciencia la idea de que detrás de la desigual distribución y la utilización inapropiada de los frutos existía una estructura privilegiada o concentrada de propiedad, poder y acceso a las oportunidades; el desarrollo, si quería abrirse camino, tendría que transformar esa estructura.

Concibe esa transformación como una modernización que libere las fuerzas contenidas por una estructura arcaica; la solución no consistía, a su juicio, en cambiar los principios en que se basaba el sistema vigente de apropiación y utilización de los frutos, sino en romper las ataduras que le impedían desplegar su dinamismo potencial.

Sin embargo, a poco andar, la cambiante realidad lo obliga a repensar su concepción de los años sesenta: algunas economías de América Latina lograron acelerar considerablemente su tasa de crecimiento, saltando las vallas del patrón de desarrollo hacia adentro que él había criticado, pero sólo para dar lugar a sociedades aún más flagrantemente inequitativas. Las economías latinoamericanas podían elevar sus niveles de progreso técnico y asumir distintas modalidades de desarrollo, pero mantenían su naturaleza inequitativa; en esas circunstancias, parecía imprescindible analizar el sistema mismo para descubrir si poseía un mecanismo perverso que mantenía obstinadamente la desigualdad a través de los cambios. Esa fue su tarea en los años setenta.⁴

IV

Al profundizar el análisis de los mecanismos internos que explican el funcionamiento y tendencias del capitalismo periférico, Prebisch vuelve otra vez su mirada hacia los clásicos. Como es sabido, su formación juvenil fue preferentemente neoclásica; en aquellos años, su interés por esa escuela de pensamiento lo indujo incluso a traducir un libro de Pantaleoni. En los años posteriores a la crisis de 1929 buscó orientación teórica y práctica en Schumpeter y Keynes; el primero le fue útil sobre todo para comprender el movimiento cíclico del desarrollo capitalista y el segundo para concebir

4. La obra de conjunto que sintetiza su pensamiento en el decenio de los setenta es *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

3. Los escritos más importantes de Prebisch sobre estos temas son: *Desarrollo económico, planeamiento y cooperación internacional* (primera edición en 1961), CEPAL, Santiago de Chile, 1973; *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963; *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*, CEPAL/BID, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.

medidas de política que le permitieran enfrentar las consecuencias negativas de ese movimiento.⁵

Es cierto que con su enfoque “centro-periferia” Prebisch se opuso frontalmente a los clásicos en su interpretación de las relaciones económicas internacionales, pero en sus análisis internos estuvo en todo momento cerca de ellos. Así, siempre ha concebido al desarrollo como aquella parte fundamental del proceso general de progreso referida a la ampliación de la base material de sociedades concretas, de manera que el proceso general debe expresarse en el incremento de la riqueza nacional. Asimismo, su mayor esfuerzo teórico y práctico se ha dirigido a conocer las causas que impulsan y obstaculizan el desarrollo y a proponer políticas que influyan sobre esas causas en el sentido deseado. En un plano más específico, coincide con ellos también en que las causas decisivas internas del desarrollo residen en la acumulación productiva de capital, en el progreso técnico —entendido como creación y aplicación de métodos de producción más avanzados— y en la disponibilidad de fuerza de trabajo, aunque esta última tiene para él una distinta significación.

Como es evidente, esa herencia clásica constituye una parte importante de su idea permanente de desarrollo. Mas la guía que le brindan los clásicos se manifiesta aún con mayor claridad en su análisis de los mecanismos y fuerzas internas que rigen el funcionamiento y dirigen las tendencias del capitalismo periférico. En ese análisis, realizado en los años setenta, retoma y redefine el concepto de excedente —de origen fisiocrático— y por medio de su examen, y del de las relaciones entre acumulación y distribución, concluye que la cuantía y orientación de la primera dependen del tamaño y utilización del excedente; y que estos últimos están supeditados a las formas predominantes de apropiación y disposición del excedente por las distintas clases sociales. O sea, al insistir en el papel estratégico de la distribución del ingreso, en tanto manifestación de la apropiación y uso del excedente, Prebisch pone en evidencia su marcada preferencia por el acervo clásico.

De todas maneras, y cualesquiera fueran sus raíces teóricas, a mediados de los años setenta encontró en la dirección de la *Revista de la CEPAL* la tranquilidad suficiente para reconsiderar su análisis del funcionamiento interno del capitalismo periférico; y, así como a fines de los años cuarenta asienta su exposición en la crítica de la teoría clásica de la división internacional del trabajo, en los setenta la afirma en la crítica de la teoría neoclásica de la distribución. Infortunadamente, ni la ganancia se evapora, ni los precios bajan, ni los salarios suben como supone esta teoría, de manera que la distribución resultante no es equitativa.

Por detrás de la desigual distribución del ingreso está la estructura de poder; los actores sociales, con sus distintos grados de poder económico, social, político y cultural, tienen capacidades desiguales para apropiarse del excedente.

En una primera imagen del capitalismo periférico, Prebisch describe una sociedad marcadamente bipolar. Por un lado, la fuerza de trabajo, por su misma “abundancia”, es incapaz de retener el fruto que ella misma contribuye a generar; por otro, los propietarios de los medios productivos, por el poder que

esa propiedad les confiere, pueden apropiarse de esos frutos. Asimismo, si la propiedad de los medios productivos les permite la apropiación de los frutos, el control directo o indirecto de los mecanismos monetarios les permite retenerlos, evitando que bajen la demanda y los precios más allá de cierto límite.

De acuerdo con la tesis clásica, el uso que los actores den al excedente que se apropian influye de manera decisiva sobre el ritmo y la orientación del desarrollo; en el caso específico del capitalismo periférico —sostiene Prebisch— los estratos que se apropian del excedente lo utilizan sobre todo para imitar las pautas de consumo de los centros. Este comportamiento en los estratos superiores tiene consecuencias de largo alcance. En primer lugar, influye en la composición de la demanda, que expresa el consumo “diversificado” y “elevado” de los estratos superiores. A su vez, esta composición de la demanda pesa de manera decisiva sobre las grandes opciones que determinan la modalidad de desarrollo: la naturaleza del progreso técnico que se estimula (diversificación de bienes en vez de mejoría de los métodos productivos); el carácter de las inversiones (no reproductivas en vez de reproductivas); el tipo de servicios estatales y privados que se brindan (elitistas en cambio de populares), etc. Naturalmente, todo ello resulta también decisivo en la conformación de la estructura productiva y de la fuerza de trabajo, sobre todo en algunos aspectos importantes como el grado de concentración económica y espacial y el nivel de heterogeneidad estructural. En segundo lugar, desde el punto de vista social, se constituye una sociedad inequitativa donde el consumo privilegiado coexiste en el infraconsumo. En tercer lugar, esta modalidad de desarrollo reduce el ritmo de acumulación de capital reproductivo y, en consecuencia, el ritmo de elevación del ingreso medio y de absorción productiva de fuerza de trabajo; por cierto, esta última también es afectada por el crecimiento de la población. Prebisch resume todas estas características en lo que denomina “tendencia excluyente” del capitalismo periférico.

Esta es la imagen básica que presenta del capitalismo periférico. Y es básica en doble sentido: por un lado, corresponde a las primeras etapas históricas del mismo; por otro, es el sustrato o conformación esencial que está por detrás de todas las variaciones históricas y geográficas de este tipo de desarrollo.

Esta modalidad básica del capitalismo periférico se modifica sobre todo a causa de la presencia de nuevos grupos que emergen como consecuencia de los cambios económicos y sociales que el mismo desarrollo provoca. Esos grupos aspiran a compartir el excedente, para lo cual impulsan el proceso de democratización que, en buena medida, satisface y legitima esas aspiraciones. Durante ese proceso, los grupos emergentes aumentan su poder social, sindical y político, lo que les permite cambiar en parte la apropiación y uso del excedente, lo que a su vez afecta tanto a la estructura económica y social previa, transformándola en cierta medida, como al Estado, que se “hipertrofia” en cuanto a sus ingresos, gastos y fuerza de trabajo, en su afán de satisfacer las demandas de los diversos grupos sociales, incluidos los que alberga en su propio seno.

Sin embargo, esta pugna distributiva por la apropiación y el uso del excedente no puede regularse mediante los mecanismos monetarios tradicionales y culmina en la espiral inflacionaria y

5. Recuérdese su obra *Introducción a Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

en la crisis económica y política; en esas circunstancias, reaparecen las fuerzas restauradoras que procuran reordenar el funcionamiento del sistema imponiendo de manera autoritaria los criterios básicos de apropiación del excedente. Prebisch cree que estas restauraciones no son estables pues las fuerzas democratizadoras volverán a abrirse paso provocando un nuevo ciclo de redistribución, crisis y restauración. Es la "tendencia conflictiva" del sistema. A su juicio, el capitalismo periférico es intrínsecamente inestable debido a que si bien los estratos superiores dominan la clave del dinamismo económico —la acumulación— no pueden evitar de manera permanente la presión redistributiva de los estratos populares; estos últimos, a su vez, pueden obtener poder redistributivo, pero al carecer del control de la acumulación no pueden orientar con firmeza al sistema, que se precipita con rapidez hacia la crisis.

No se podrían precisar siquiera los lineamientos de la solución que propone; valga sólo señalar que ella se encamina a democratizar la apropiación y el uso del excedente mediante mecanismos e instituciones que permitirían alcanzar el desarrollo económico, la equidad social y la democracia política. Por cierto, Prebisch nunca se ha caracterizado por proponer objetivos de alcance limitado.⁶

V

Del mismo modo que la crisis económica de 1929, la que se desata en 1973 tiene la virtud de permitirle ver con más claridad las condiciones y obstáculos del desarrollo. De partida, advierte que el crecimiento impresionante de los centros no fue sólo causado por el progreso técnico, pues en él también desempeñó un papel decisivo la disponibilidad de energía barata. Aún más, esta disponibilidad impulsó una modalidad de progreso técnico cuyas consecuencias son ahora evidentes: por un lado, lo orientó hacia una explotación abusiva e irracional de recursos naturales agotables; por otro, lo convirtió en un formidable instrumento de deterioro y contaminación del ambiente. En realidad, Prebisch llega a la conclusión de que tanto esos dos elementos —progreso técnico y energía barata— como todos los otros que han intervenido en el desarrollo de los centros han estado al servicio de la conformación de una organización económica y social cuyo fundamento, razón de ser y dinamismo radican en la diversificación incesante de bienes y servicios; asimismo, las causas políticas y económicas que hicieron posible y mantuvieron durante muchos años la disponibilidad de energía barata también ponen de manifiesto que la conformación de esa "sociedad de consumo" se basó en el poder de los centros sobre la periferia. Esta última, pese a darse cuenta del desperdicio de recursos, necesitó muchos años para poder hacerse oír e imponer su propio criterio.

Estas conclusiones sobre la crisis afectan su idea de desarrollo.⁷ El progreso técnico siempre tiene dos caras, a menudo estrechamente vinculadas: por una parte, mejoría de los métodos productivos, que redundan en aumento de la productividad del trabajo; por otra, diversificación de bienes y servicios para aumentar su eficacia o conferirles mayor

prestigio social. Prebisch siempre creyó que el primero es el tipo de progreso técnico que conviene al desarrollo, pero su examen del capitalismo en la periferia y en los centros lo convence que ha quedado subordinado al segundo. En los centros este fenómeno trae como consecuencia el derroche y el deterioro ecológico; a ellos se agregan, en la periferia, la exclusión y el conflicto. Por tanto, el progreso técnico esconde una ambivalencia que obliga a tratarlo con cuidado; más que un instrumento necesariamente beneficioso para el desarrollo es una fuerza que requiere orientación y control.

Su visión de la crisis actual también fortalece y amplía su crítica de la sociedad de consumo, en tanto supuesto modelo ideal de sociedad que debería orientar al desarrollo. Desde sus primeros trabajos censura Prebisch las pautas de consumo de los estratos altos, que imitan a sus semejantes de los centros, porque son incoherentes con los requerimientos de acumulación de capital. Referida a la periferia, mantiene esta conclusión a lo largo de los años; la crisis actual le permite afirmar que, aparentemente, este modelo tampoco es apropiado para un desarrollo saludable de los centros por sus consecuencias ecológicas.

Pero la crítica de la sociedad de consumo abre las puertas al problema más complejo, que se refiere a la posibilidad de que la periferia pueda imitar el desarrollo de los centros. La respuesta de Prebisch a esta cuestión ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En su primera época cepalina afirmó la tesis —que ha mantenido siempre— de que la periferia no puede seguir en su desarrollo el camino de los centros; sus rasgos específicos, que derivan de la condición periférica, la obligan a buscar su propio camino (y a construir su propia teoría del desarrollo). Mas el modelo de sociedad que deseaba alcanzar en aquellos años por medio del desarrollo era el urbano industrial, típico de los centros. Con el paso del tiempo, la exacerbación del consumo en los centros y las críticas a que es sometido van cambiando su criterio hasta que la crisis de los años setenta lo convence definitivamente. La diversificación incesante del consumo imitativo no puede constituir el camino del desarrollo, ni la sociedad de consumo puede ser el objetivo del desarrollo; la principal enseñanza de los años recientes es que no se trata sólo de una negación ética sino también de una imposibilidad práctica. Sin embargo, esta convicción no lo lleva a repudiar la civilización industrial, pues sólo ella permite mantener la esperanza de una vida material mejor.

La civilización industrial debe ser reorientada tanto en los centros como en la periferia para sacarla del callejón en que se ha metido; por cierto, el costo de la reorientación en los centros recaerá también sobre la periferia, agravando sus viejos problemas de acumulación y estrangulamiento externo.

Entonces, ¿hacia dónde debería la periferia reorientar su desarrollo? Prebisch cree, al igual que Medina, que el desarrollo es una decisión tomada en el marco de una fatalidad. Es la búsqueda de una mejoría de las condiciones de vida, de la equidad social y de la democracia política en el marco de condiciones que se refieren a la situación periférica y a los principios básicos de distribución y acumulación, y dentro de límites relativos a la disponibilidad y uso de los recursos. Las condiciones y los límites indican las fronteras del mínimo necesario y del máximo posible. Dentro de ellas, que predominen la razón y la libertad. □

6. Estas ideas las desarrolló en su obra *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, ya citada.

7. Véase, en especial, Raúl Prebisch, "Biosfera y desarrollo", en *Revista de la CEPAL*, núm. 12, diciembre de 1980.